

MAN al descubierto. La Antigüedad Tardía o el dilema de Lampedusa

Carlos Tejerizo

Introducción

No cabe duda de que la reapertura del Museo Arqueológico Nacional hace ya un par de años fue un importante acontecimiento para la ciudadanía en general y para la Arqueología española en particular. Como proyecto, el MAN es un vivo ejemplo de lo que ha supuesto la crisis económica para la Arqueología en el país. Iniciado en 2008, contemporáneo a la crisis de las subprime, tuvieron que pasar 5 años y 60-65 millones de presupuesto aproximado (las cifras exactas, hasta donde sé, todavía no son públicas) y ha tenido que retrasarse una y otra vez por cuestiones tan peregrinas como la falta de vigilantes para el museo¹. Una vez logró finalizarse el proyecto, este ha sido celebrado (y vendido) como un museo del siglo XXI, moderno y de calidad². Como museo arqueológico, no solo es todo un símbolo de la identidad colectiva al conservar los “tesoros” propios y ajenos que conforman el acervo de una historia nacional con sus luces y sus sombras, sino también es uno de los espejos más fieles del estado de desarrollo de la disciplina. Como consecuencia de estas dos cuestiones, del MAN como proyecto y del MAN como museo, un análisis sosegado, minucioso y ¿por qué no? crítico parece una muy afortunada idea para deconstruir (en el sentido más derridiano del término) ambas esencias y los discursos que, directa o indirecta-

¹ RIAÑO, Peio H (28/10/2013): “[El Museo Arqueológico Nacional, listo y sin poder abrir por falta de vigilantes](#)”, *El Confidencial* [última consulta 2/05/2015].

² http://www.bne.es/es/AreaPrensa/noticias2014/0327_MuseoArqueologicoReapertura.html [última consulta 2/05/2015].

mente, se encuentran en ellas. Y cuanto más gente haga este ejercicio y más debate pueda darse, mejor. De esta manera, considero que la propuesta del comité editorial de Arqueoweb no solo es acertada, sino absolutamente necesaria.

Las breves palabras que siguen tienen por objeto hacer una tentativa de deconstrucción de la sección correspondiente a la “Antigüedad Tardía” del MAN, que se dispone en la primera mitad de la sala 23, situada en la primera planta del museo. A propuesta del comité editorial de Arqueoweb, y para delimitar bien los contenidos, dividiré la exposición en tres partes: un análisis museográfico sobre algunos de los aspectos técnicos de la sala; una segunda parte sobre el contenido arqueológico en términos de artefactos expuestos; y, finalmente, un estudio axiológico centrado en el tipo de discursos y valores transmitidos. Si bien el análisis se particulariza sobre esta sala de Antigüedad Tardía, es inevitable, en ciertos momentos, ponerlo en contexto y relacionarlo con el resto del museo a la hora de profundizar el lugar que ocupa este período en el MAN como reflejo de su lugar dentro de la academia y, por extensión, el discurso que sobre este período se desprende de cara a la sociedad.

Análisis museográfico

La sala 23 del MAN es una amplia sala que se dispone inmediatamente después de la exhibición de algunos mosaicos que materializan la vida suntuaria de las élites en las villas tardoimperiales (siglo IV d.C. fundamentalmente), que son el punto de arranque del dis-

curso sobre la Antigüedad Tardía y, por extensión, de la Edad Media, que correspondería a la segunda mitad de la sala. La distribución de los expositores en esta primera mitad es axial, en torno a un pasillo que une un extremo y otro de la sala, si bien la disposición de estos no es simétrica, estando el lado derecho (si nos situamos de manera que atrás dejamos la sala de los mosaicos) mucho más abigarrado de estructuras que el izquierdo. La parte izquierda se ocupa fundamentalmente por el núcleo principal de bienvenida a la sala, un par de sarcófagos, un expositor con materiales expuestos y lo que viene a ser la parte central discursiva de esta parte de la exposición, que es un cubículo donde se muestra parte del tesoro de Guarrazar y las coronas votivas. En la parte derecha, lo primero que salta a la vista es un núcleo con un vídeo introductorio, detrás del cual se distribuyen hasta una docena de expositores y paneles con el grueso de los objetos de la sala.

La razón fundamental de esta disposición asimétrica es que en el lado izquierdo se encuentran dos grandes vanos que comunican con la sala 20 y dejan ver la colección de bustos y algunos sarcófagos de la sección de época romana que allí se despliegan. La presencia de estos vanos es bastante positiva para la sala, en cuanto que no solo permiten la entrada de mucha iluminación, sino que también transmite una sensación de espacio y de amplitud, apoyada por la altura de los techos. Sin embargo, la parte negativa de esta disposición del material en torno a un eje central viene dada por dos cuestiones. En primer lugar, no existe un recorrido fijo en la distribución del material que permita a la visitante seguir un orden determinado en la sala y, por lo tanto, transitar por un discurso organizado. En este sentido, y sobre ello volveré un poco más tarde, da la sensación de que se trata más de una acumulación de material y de “manchas” de información aislada más que de una transmisión clara de una narrativa lógica sobre el período. La presencia de un

número no pequeño de paneles y expositores sin un orden a seguir acaba desorientando a la espectadora en este tránsito desde la Antigüedad Tardía hacia la Edad Media.

La segunda cuestión tiene que ver con el orden relativo que ocupa esta sala dentro del conjunto de la exposición permanente del museo. Si, como es lógico, la visitante ha seguido el recorrido cronológico propuesto, para cuando llega a la sala 23 lo más corriente es que ya esté en niveles de saturación arqueológica muy altos, y generar un espacio distribuido a través de un pasillo que atraviesa toda la sala incita a, digamos, pasarla ágilmente. En las tres veces que hice la visita al museo fue constante el paso acelerado de la generalidad de las visitantes, obviando la mayoría de los expositores de la derecha de la sala y, normalmente, reservando fuerzas para contemplar brevemente las coronas votivas que se sitúan en un espacio de alta visibilidad dentro del espacio de la sala.

Este paso ágil por la Antigüedad Tardía viene determinado también por otras dos cuestiones puramente museográficas pero que, considero, se relacionan directamente con la posición que este período tiene en la academia arqueológica. En primer lugar, no cabe duda que al entrar en la sala 23 hace tiempo que se ha abandonado la estética, podemos decir, “moderna” y en mi opinión bastante atractiva, desplegada en la planta inferior, mayoritariamente correspondiente a la Prehistoria, y a la de gran parte de la época protohistórica y romana. La sala 23, y en gran medida lo que resta de la Edad Media, es museísticamente mucho más “tradicional” que el resto del museo, lo que no invita a la visitante a pararse demasiado en los expositores, normalmente saturados de objetos. Dos pequeños detalles rompen este esquema más tradicional de esta mitad de la sala: el vídeo inicial de la sala y el núcleo de exposición de las coronas votivas. En cuanto al aspecto puramente formal del primero, en general es muy correcto en cuanto a la estética a través de dibu-

jos animados, la edición y la música, con tintes especialmente épicos, y sí que produce el efecto, o al menos eso pude comprobar, de mantener la atención del público sobre el mensaje de los cerca de 3 minutos que ocupa el vídeo. Vídeo que, por otro lado, no deja tiempo al respiro: en menos de tres minutos se resumen cerca de diez siglos de historia de la Península Ibérica. En cuanto al segundo, el expositor del tesoro de Guarrazar no deja lugar a dudas de que son las piezas estrella de la sala. Así, no solo se encuentra relativamente aislado del resto de la distribución mediante un cubículo particular, sino que cuenta con una iluminación propia para un amplísimo expositor en el que se disponen las coronas. Cuenta, además, con un vídeo propio en el que se explica la historia del descubrimiento del tesoro.

En segundo lugar, habría que destacar lo reducido del espacio destinado a la Antigüedad Tardía, que ocupa solo una mitad de una sala, en el que se resumen y concentran cerca de tres siglos de Historia. Si a este espacio le sumamos lo correspondiente a la Edad Media, tenemos que en cinco salas se han resumido los diez siglos de historia material introducidos por el vídeo. La Hispania romana, que en esencia son cinco siglos de recorrido histórico (I a.C.- IV d.C.) se despliega en cinco salas. Las comparaciones son odiosas, pero ayudan a entender el espacio no solo físico, sino mental y académico que ocupa esta disciplina. Como mostraremos en los apartados más puramente artefactuales y discursivos, esto muestra, en términos museográficos, lo que en términos académicos es la escasa importancia que ha tenido la Arqueología Medieval en general y la Antigüedad Tardía para la conformación de la Arqueología en España. Si tenemos en cuenta que, como disciplina arqueológica independiente, apenas cuenta con treinta años de historia (este año se cumplen, precisamente, 30 años desde el Primer Congreso de Arqueología Medieval Española celebrado en Huesca) no es

nada extraño el espacio físico ocupado en el MAN sea tan reducido. Este aspecto en sí no es excesivamente problemático en lo referente a la exposición del MAN, ya que, a priori, el espacio dedicado a un período en concreto no es, creo, el punto esencial, sino que este corresponde a la narrativa y el discurso transmitido, que pueden estar bien dispuestos en un espacio reducido. Lo bueno si breve dos veces bueno, dicen. Sin embargo, es el propio discurso, como veremos, el que genera ciertos problemas o, al menos, una contraposición crítica.

Análisis del contenido artefactual y discursivo

En esta sección se analizarán dos aspectos: por un lado el tipo de artefactos expuestos y, por otro, la información que se ofrece a partir de ellos sobre la Antigüedad Tardía. Como consecuencia de la “juventud” de la Arqueología Medieval no existe un conjunto de artefactos depositados en el MAN especialmente diversificado para que pueda ser utilizado en la exposición permanente. De hecho, la gran mayoría de excavaciones realizadas sobre contextos de los siglos V-VIII d.C. ha tenido lugar en los últimos veinte años, como consecuencia del desarrollo de la Ley de Patrimonio de 1985 y de la Arqueología Comercial en España, principalmente. Hasta prácticamente la actualidad, los yacimientos de esta cronología efectivamente excavados han sido muy reducidos y, como es lógico, los hallazgos aislados y donaciones privadas han primado piezas de un determinado valor estético. En consecuencia, los fondos de los que dispone el MAN para la exposición de la Antigüedad Tardía son extremadamente limitados y, sobre todo, pertenecientes a tipos de yacimientos muy específicos, fundamentalmente iglesias y necrópolis, la mayoría excavadas en la primera mitad del siglo XX. Prácticamente la totalidad de los objetos expuestos en la

sala provienen de estos dos tipos de contextos y, sobre todo, de las grandes necrópolis del centro peninsular, caso de Castiltierra (Segovia)³, Carpio de Tajo (Toledo), Deza (Soria) o Daganzo de Arriba, todas excavadas en la primera mitad del siglo XX. La parte positiva de la limitación de los fondos es que no hay duda de que se han elegido las piezas más sobresalientes de la colección en particular y de la Antigüedad Tardía en general lo que permite a la espectadora contemplarlos directamente.

Este hecho tiene importantes consecuencias para el tipo de museografía desarrollada en la parte correspondiente a la Antigüedad Tardía. Un primer aspecto a destacar es que se trata de una museografía muy reiterativa. Fundamentalmente lo que se muestran son tres tipos de artefactos repetidos a lo largo de varios expositores. En primer lugar, y el más abundante, objetos utilizados en el ritual funerario, de los que se exhiben dos subtipos: por un lado, y, de forma hegemónica, elementos de adorno personal y por otro lado, otros artefactos relacionados con el propio discurso funerario que no entran dentro de la categoría anterior, esto es, acetres, vidrios y cerámicas para los alimentos y líquidos utilizados en el ritual. Prácticamente el grueso de la sala está construida en torno al discurso de este tipo de objetos y son varios los expositores llenos de broches de cinturón, fíbulas, pendientes, anillos y demás objetos personales. En segundo lugar, elementos arquitectónicos relacionados con los espacios cultua-

les cristianos, que se distribuyen fundamentalmente por las paredes de la sala. Y en último lugar, otros elementos que aparecen de forma casi anecdótica, como son las conocidas como “pizarras visigodas”⁴, monedas, algunas armas, cerámicas o las ya mencionadas coronas votivas.

El discurso que se transmite es muy coherente con el tipo de artefactos expuestos y aquí la sensación es que también es coherente con la fecha en la que se excavaron o depositaron los propios artefactos, dado que es el mismo tipo de discurso que podía ofrecerse hace 50 o incluso 100 años sobre la Antigüedad Tardía. El propio uso del término de “Antigüedad Tardía” ya denota una forma discursiva determinada de afrontar este período (frente a otros posibles como podría ser vincularlo con la Alta Edad Media, usar un término relacionado con la transición hacia el mundo medieval o, mucho menos adecuado bajo mi punto de vista, “época visigoda”), basada en dos elementos fundamentales que serían la “esencia ontológica” de este período: por un lado, la continuación de las instituciones políticas y económicas con respecto al período romano por parte de las nuevas poblaciones que entrarían en la Península Ibérica a partir de la quinta centuria (el momento de las llamadas “invasiones bárbaras”); y, por otro, el auge y consolidación del cristianismo como elemento cultural común de los hispanovisigodos. Estos dos ejes discursivos son los que vertebran el conjunto de la sala y sobre el que se monta todo el aparato expositivo, tanto los artefactos como los paneles. En este sentido cabría decir que, a pesar de que este discurso general es hegemónico para la interpretación de este período, no es el único, y hubiera sido muy interesante el ofrecer, al menos, una problematización de las diversas

³ La historia de este yacimiento es especialmente interesante debido a que supuso uno de los proyectos más importantes de colaboración entre la España franquista, de la mano de J. Martínez Santa Olalla, y la Alemania nazi. Durante la famosa visita de H. Himmler en 1940 se suponía que iba a visitar las excavaciones de esta necrópolis. Para la ocasión, se escogió a un grupo de jóvenes rubios y de ojos azules del entorno para mostrar las comunes raíces arias del pueblo español y alemán. Posteriormente, parte del material, por diversas circunstancias, fue enviado a la Alemania nazi en plena Segunda Guerra Mundial, por lo que un conjunto de piezas permanecen en territorio alemán hasta la actualidad.

⁴ Se trata de pizarras sobre las que se realizaban dibujos y caracterizaciones, se escribían textos o se realizaban contabilidades mediante números y que vienen datándose entre los siglos V y VII d.C.

opiniones al respecto de temas como las invasiones bárbaras, la identidad étnica o la importancia relativa del cristianismo para la configuración de las sociedades de la Antigüedad Tardía.

En este sentido, un aspecto a destacar es que al primar la calidad de los objetos sobre su capacidad discursiva en realidad lo que se prima es el discurso de las élites sociales del momento. Prácticamente todos los objetos representan a las élites laicas y eclesiásticas, si bien esto no queda explicitado en ningún momento de la exposición. En concreto, la sobrerrepresentación artefactual y discursiva de las élites eclesiásticas y de la Iglesia es especialmente hegemónica. Casi la mitad de la exposición está relacionada de alguna u otra manera con este segmento social. En sentido inverso, prácticamente ninguno de los objetos expuestos proviene de contextos domésticos urbanos o rurales, por lo que, digamos, la mayoría de la población de este período ha quedado sin representación material. A pesar de que ya hace dos decenios por lo menos que se llevan excavando contextos rurales de tipo campesino, este grupo social mayoritario en la sociedad de los siglos V-VIII se ve totalmente relegado a un segundo plano en el cuadro social reflejado en la exposición. Y quien ha sido realmente invisibilizada en el discurso de esta sala es la mujer, de la cual únicamente se muestra un dibujo como portadora de elementos de adorno personal, pero sin hacer ninguna mención a su papel o identidad en las sociedades de la Antigüedad Tardía.

El panel titulado “la sociedad” es especialmente explícito en este sentido marcadamente elitista y patriarcal del discurso expositivo:

“además de la aristocracia, la sociedad estaba formada por campesinos, artesanos, comerciantes, siervos y esclavos, así como por un creciente número de clérigos y monjes. Buena parte de los inmigrados visigodos

realizaban trabajos agrícolas, mezclándose paulatinamente con la población hispanorromana, a pesar de la prohibición vigente hasta Leovigildo (583)” (el subrayado es mío).

Por su parte, sobre los contextos aldeanos se dice que “en las últimas décadas, la arqueología ha recuperado restos de algunos de ellos, levantados con escasos cimientos, zócalos de piedra, paredes de adobe y cubiertas vegetales”. Información muy escueta, pero que no se ve apoyada por algún objeto o ilustración que represente a este segmento poblacional ni tampoco. Es significativo que en los expositores de “la sociedad”, “la aristocracia” y en el de “las necrópolis” se muestren exactamente el mismo tipo de objetos. En general la sensación es que, a pesar de los enormes avances que se han dado en los últimos tiempos en cuanto al discurso potencial que se puede dar de este período, parece que han pasado desapercibidos para los responsables de esta parte del MAN.

Análisis axiológico y social

Las valoraciones hechas sobre los artefactos y el discurso histórico vertido a través de ellos están estrechamente relacionadas con algunas cuestiones de fondo en cuanto a los discursos ideológicos que subyacen a esta disposición museística.

En primer lugar cabe destacar la visión que se desprende de la función de la Arqueología en general y de la Arqueología Medieval en concreto. La propia trayectoria historiográfica de esta disciplina la ha vinculado con lo que se ha denominado como la “subalternidad” de la Arqueología con respecto a la documentación escrita; esto es, que la función de la Arqueología, entendida como Historia del Arte, sería la de ilustrar hechos históricos previamente conocidos por la documentación escrita, la mejor, o única, fuente de la que extraer conocimiento histórico. Los objetos arqueológicos funcionarían, pues, como una “fotografía” de los procesos históricos: un broche de cinturón ilustraría las invasiones visigodas conocidas a través de los relatos de Hida-

cio o las coronas votivas la conversión de Recaredo relatada por los concilios visigóticos. La consecuencia en términos de exposición es que la información ofrecida en la sala 23 realmente tiene una vinculación muy indirecta con los objetos expuestos. Dicho de otra manera, los discursos de los paneles no son una consecuencia del análisis arqueológico de los objetos sino al revés, los artefactos serían una ilustración de dichos discursos, previamente contruidos. Se podría imaginar perfectamente esta sala sin ningún objeto arqueológico dado que los carteles, por lo general, los hacen prescindibles. Esta desvinculación epistemológica se puede observar, por poner algún caso concreto, en el panel de las “ciudades y poblados”, donde se han elegido unas esculturas provenientes de la ciudad de Recópolis para ilustrar toda la complejidad de este fenómeno o que “el fin del Mare Nostrum” se ilustre con dos fotografías de una inscripción y de una basílica pero no, por ejemplo, con una cerámica de importación.

Otro aspecto que se desprende del marcado elitismo en la elección de los artefactos expuestos es la ausencia de conflictividad social en la Antigüedad Tardía. Tanto el discurso expuesto como el conjunto de artefactos expuestos dan a entender un período lleno de transformaciones sociales e incluso convulso (no en vano este período se conoce como los “siglos oscuros”), pero que no deriva en una problemática social si no, en todo caso, una problemática étnica, con las vinculaciones políticas que de ellas se derivan. Así, dentro de una interpretación vinculada con la Historia Cultural, el conflicto esencial de la Antigüedad Tardía se encontraba en el enfrentamiento étnico entre diversos grupos: “los reinos germánicos luchan por el control del territorio y las rutas comerciales. En los siglos V-VII predominan vándalos, ostrogodos, visigodos y francos, entre otros”, se lee en el panel de “el fin del Mare Nostrum”. Pero bajo el término “visigodo” o “franco” se esconde una realidad muy plana, sin conflictividad social interna. Realmente, a tenor del discurso expuesto la sociedad de la Antigüedad Tardía carecía de esta conflictividad,

sería una sociedad en cierta medida idealizada en el que cada cual cumple su papel de forma armónica. El panel de “la sociedad”, ya comentado, es quizá el ejemplo más directo de esta afirmación. Esto, evidentemente, no fue así. La desestructuración del imperio romano en la Península Ibérica estuvo asociada a numerosos conflictos sociales de mayor o menor calado, más o menos sutiles, de los que el registro arqueológico es un fiel reflejo. Por ejemplo, las necrópolis fueron arenas especialmente conflictivas en términos sociales durante este momento, y ni el panel dedicado a ellas ni los objetos expuestos, ni siquiera las armas, se vinculan con estos conflictos sociales y políticos.

Desde una perspectiva deconstruccionista, se podría llegar a la conclusión de que el conjunto de elementos que se han ido comentando, tales como la falta de una narrativa y un recorrido en la sala, el elitismo artefactual y discursivo, la “subalternidad” del objeto arqueológico y la ausencia de conflictividad social pueden vincularse con una clave interpretativa (e ideológica) positivista, falsamente neutral, de la Arqueología y de la Historia en general y de la Antigüedad Tardía en concreto. Un ejemplo significativo a este respecto podría ser la visión ofrecida del cristianismo y de la monarquía visigoda como fenómenos históricos dado que son, de este período, con los que más cercanía empírica podría tener la espectadora (entendiendo que actualmente España es monárquica y católica). La presentación de ambos fenómenos desde un punto de vista acrítico y positivista, mediante datos y materiales desvinculados de toda crítica desnaturalizadora, generan una aparente neutralidad sobre aspectos de honda problemática histórica cuyas consecuencias son vividas en el presente. No en vano se ha tomado el período visigodo en épocas como la de los Reyes Católicos o el siglo XIX como el momento de creación de España como unidad territorial y de forja del cristianismo como elemento identitario fundamental de unidad cultural. Las pinceladas de información que se ofrecen al respecto generan una visión plana sobre el pasado histórico y un distanciamiento del espectador con

respecto a las problemáticas planteadas. Desde el mismo punto de vista deconstruccionista, no es tampoco casual (tal vez sí inconsciente) que uno de los paneles se titule “el Rey y la Iglesia, pilares del reino”.

Conclusiones

Es posible que el análisis precedente haya dejado una sensación negativa sobre la parte dedicada a la mitad de la sala 23 en la exposición permanente del MAN. En realidad, y por contradictorio que podría parecer, esta sala es lo que cabría esperar sobre una exposición de la Antigüedad Tardía en la actualidad, tanto para bien como para mal. No son pocas las exhibiciones de material arqueológico de esta época que son muy similares en todos los niveles analizados en el presente texto. Un ejemplo muy significativo podría ser el del Museo de Arte y Cultura Visigoda de Mérida, en el que se pueden encontrar, a grandes rasgos, los mismos elementos presentados, incluido su tratamiento diferencial con respecto a otras épocas históricas: el museo de Mérida está separado físicamente, y no de forma

casual, del Museo Romano. En este sentido, la sala 23 del MAN cumple, digamos, con la “normalidad”, lo esperable de lo que debería ser una exposición sobre la época visigoda tanto en los objetos arqueológicos exhibidos como en el discurso vinculado a ellos.

Y esto es quizá el elemento conclusivo más interesante para la reflexión y el debate, que es de lo que se trata todo esto. La renovación del MAN, como se decía al principio, sirve para entender el estado de la disciplina y el reflejo, y normalización, que de ella se hace a la sociedad. Por lo tanto, si realmente los discursos museísticos e históricos derivados de la sala de Antigüedad Tardía, como se ha analizado, podían ser perfectamente los de hace 100 años, ¿para qué ha servido entonces la propia renovación del MAN? ¿No será un caso de paradoja lampedusiana o gatopardiana de cambiar todo para que nada cambie? Y más problemático aún: si esto es así, ¿para qué se está investigando si luego no hay un reflejo en lo que debería ser el principal escaparate social de la disciplina que es el Museo Arqueológico Nacional?